

PRIMER NÚMERO DE LA  
REVISTA DE ESTUDIOS HISPÁNICOS (1928)  
Y SU EDICIÓN FACSIMILAR (2008)

**DOSSIER EN CONMEMORACIÓN  
DEL OCTOGÉSIMO ANIVERSARIO  
DE LA FUNDACIÓN DE LA  
*REVISTA DE ESTUDIOS HISPÁNICOS*  
(1928-2008)**

# PRIMER NÚMERO DE LA *REVISTA DE ESTUDIOS HISPÁNICOS* (1928) Y SU EDICIÓN FACSIMILAR (2008)

## Resumen

*La Revista de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico celebra los ochenta años de su fundación, en 1928, con la publicación de una edición facsimilar de su primer número. Este número es un valioso documento histórico que refleja una coyuntura geopolítica y cultural muy particular que se produjo en aquel momento. Confluyen en la Universidad de Puerto Rico los intereses del "panamericanismo" estadounidense, el "panhispanismo" español y la intelectualidad puertorriqueña. Al igual que el Departamento de Estudios Hispánicos, su revista surgió como resultado de una colaboración entre el Centro de Estudios Hispánicos de Madrid, la Universidad de Columbia y la Universidad de Puerto Rico, todo ello bajo el liderato del Dr. Federico de Onís, quien fue su director. Esta colaboración triangular, así como sus tensiones, se manifiestan claramente en el primer número de la revista. Desde el diseño de la portada, dominado por la tríada y el triángulo, hasta los tres ensayos principales escritos por el norteamericano William Shepherd, el español Salvador Madariaga y el puertorriqueño Antonio S. Pedreira, pasando por las notas y las reseñas, se evidencia esta colaboración o amistad triangular. Aunque dentro de este esquema el ángulo más débil, en términos del poder, es el hispanoamericanismo, representado por Puerto Rico, los escritores puertorriqueños Antonio S. Pedreira y José Padín se destacan por su actitud crítica y su asertividad para reclamar su espacio.*

Palabras clave: *revistas literarias, estudios hispánicos, panamericanismo, panhispanismo, literatura puertorriqueña*

## Abstract

*The first number of the University of Puerto Rico's Revista de Estudios Hispánicos was published eighty years ago in 1928. To commemorate this event, the Hispanic Studies Department has published a facsimilar edition of this first number. This first edition of the journal is an important document which reflects a very particular political and cultural historic situation. During these years the interests of U.S. "panamericanism," Spain's "panhispanism" and Puerto Rican intellectuals converge. Like the Hispanic Studies Department of the University of Puerto Rico, its journal was a result of the close collaboration between the Columbia University in New York, Centro de Estudios Hispánicos in Madrid, and the University of Puerto Rico, under the leadership of Dr. Federico de Onís, who was its director. This triangular collaboration, as well its tensions, is clearly reflected in the first edition of the journal. The cover's design, based on triangles, as well as the three main essays by the North American William Shepherd,*

*the Spanish Salvador de Madariaga and the Puerto Rican Antonio S. Pedreira, as well as the notes and the reviews, reflect this triangular collaboration. Even though the weakest angle in this arrangement is Spanish America, represented by Puerto Rico, the Puerto Rican collaborators Antonio S. Pedreira and José Padín distinguish themselves for their critical and assertive attitude.*

Keywords: *literary journals, hispanic studies, panamericanism, panhispanism, Puerto Rican literature*

La *Revista de Estudios Hispánicos* cumple ochenta años. Hace ochenta años, en 1928, apareció, bajo la segura dirección de don Federico de Onís, el primer número de esta publicación pionera en su campo, que, inmediatamente, se colocó entre las mejores revistas académicas de España e Hispanoamérica. La revista, sin embargo, no tuvo una ininterrumpida continuidad. Podemos, incluso, hablar de tres épocas en su desarrollo histórico. La primera terminó abruptamente un año después de su fundación por causas que comentaremos luego. Era, entonces, una publicación trimestral y se llegaron a publicar cinco excelentes números en los cuales colaboraron algunos de los mejores hispanistas de Europa y América. Siguió, luego, un largo paréntesis que se extendió hasta 1972, año en el cual se revivió la revista bajo la dirección del Dr. Luis de Arrigoitia, uno de los discípulos, en Puerto Rico, de don Federico de Onís. El insigne hispanista español había regresado a la Universidad de Puerto Rico a fines de la década de 1950.

Durante esta segunda época, la revista apareció regularmente, a veces como anuario, a veces como publicación semestral, venciendo muchas dificultades y siguiendo siempre elevados criterios de excelencia, bajo la dirección de los profesores Luis de Arrigoitia, Daisy Caraballo, Eduardo Forastieri, Mercedes López Baralt, José Luis Vega, Juan Gelpí y Rafael Bernabe. Entre los números más memorables se cuentan los de carácter monográfico dedicados a Luis Rafael Sánchez, Ramón del Valle Inclán, Antonio Machado, y la literatura colonial hispanoamericana. Cada director puso su experiencia, su empeño y sus conocimientos particulares al servicio de la revista para colocarla, de nuevo, entre las mejores revistas académicas del mundo hispánico.

La tercera etapa, en la cual he tenido el honor de ser su director, se inició en 1997, con una remozada portada y, sobre todo, con el anuncio de que la revista sería semestral para dotarla de mayor flexibilidad, actualidad y dinamismo. Desde entonces, la publicación se ha ido esforzando exitosamente para cumplir con las normas de formato y contenido que exigen los sistemas bibliográficos internacionales que, en la actualidad, reconocen su excelencia. Entre los números que más han contribuido a confirmar el prestigio y la utilidad de la revista se encuentran el de 1998 dedicado a Palés Matos y la literatura antillana; los dos gruesos tomos correspondientes al año 2000 titulados *Cien años de literatura puertorriqueña* y *Cien años de español en Puerto Rico*,

este último preparado por las Dras. María Vaquero y Amparo Morales, como editoras invitadas; el número doble dedicado a la literatura centroamericana en el centenario de *Cantos de vida y esperanza*, de Darío; y el que, recientemente, estuvo a cargo del Dr. Juan Gelpí, como editor invitado, dedicado a la crítica de la literatura puertorriqueña en el extranjero.

Contemplando los treinta y cuatro volúmenes de la revista publicados desde el 1972 hasta el 2008, podemos sentirnos satisfechos de nuestro esfuerzo y de nuestros logros. Y escribo en plural porque la *Revista de Estudios Hispánicos* existe gracias a la colaboración entusiasta y desinteresada de un equipo amplísimo que incluye a muchísimos profesores, estudiantes e investigadores de nuestro Departamento y a nuestros corresponsales en el extranjero. Dentro de este equipo, es imprescindible destacar la labor no sólo de los directores y las directoras de la revista, sino también la de aquellas colegas que se han desempeñado como secretarías ejecutivas: Mercedes Dalmau, Laura Rivera y Lorna Polo. Sin su colaboración y la del Seminario Federico de Onís, la producción de la revista hubiera sido extremadamente difícil.

Pero volvamos al principio. La *Revista de Estudios Hispánicos* cumple ochenta años y, para celebrarlos, hemos decidido publicar una edición facsimilar del primer número, publicado en 1928, el cual constituye ya un valioso documento histórico que marca un momento clave en la historia de la Universidad de Puerto Rico y de los estudios hispánicos en América.

Tanto la fundación del Departamento de Estudios Hispánicos, en 1927, como la fundación de su revista un año después, respondieron a una coyuntura geopolítica y cultural muy particular que se produjo en aquel momento. Los colegas Laura Rivera y Juan Gelpí han expuesto, en un estudio muy bien documentado, esta coyuntura.<sup>1</sup> Según los investigadores, confluyeron en nuestra universidad, bajo la rectoría del Dr. Benner, los intereses del “panamericanismo” estadounidense y el “panhispanismo” español, la soñada reconquista cultural de Hispanoamérica por parte de España. El panamericanismo era una versión remozada de la doctrina Monroe, que se fortaleció a fines de siglo XIX y principios del XX, con la expansión política, comercial y cultural de los Estados Unidos en Hispanoamérica. Paralela a la intervención militar de la potencia emergente, manifestada en la Guerra Hispanoamericana y las intervenciones y ocupaciones en Haití, República Dominicana y Nicaragua, fue surgiendo la necesidad de establecer relaciones amistosas con los países latinoamericanos, de presentar un rostro más amable que propendiera a minimizar los conflictos y a aumentar, por medios pacíficos, la influencia norteamericana en los países del sur. El rector Benner era fiel creyente en esta doctrina y aspiró a convertir

---

<sup>1</sup> Laura Rivera y Juan Gelpí, “Las primeras dos décadas del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico: ensayo de historia intelectual”, en: *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, de Consuelo Naranjo, María Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper (editores), Río Piedras, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, 2003; pp. 191-235.

a la Universidad de Puerto Rico en la gran universidad panamericana en la cual se encontraran armoniosamente la intelectualidad de las dos Américas. Para ello era necesario reorganizar el Departamento de Español de la institución y convertirlo en un prestigioso Departamento de Estudios Hispánicos, donde los estudiantes norteamericanos pudiesen estudiar no sólo la literatura y la lengua, sino también la historia y la cultura hispánicas, de tal manera, que pudiesen servir de enlace armonioso con la América Hispana.

Con ese propósito, necesitaban hispanistas prestigiosos que fuesen reconocidos tanto en el norte como en el sur. Benner los encontró en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, fundado en el 1910. Como muy bien señalan Juan Gelpí y Laura Rivera: “La inclusión del Centro de Estudios Históricos de Madrid, en la reorganización del Departamento de Español de la Universidad de Puerto Rico, no aparenta ser una casualidad. Parece, más bien, una estrategia bien pensada y articulada por el Rector Benner, para potenciar varios campos intelectuales y el Centro le ofrecía la legitimidad que él buscaba; sobre todo, la Escuela de Filología, instancia que gozaba de mucho prestigio en el mundo académico americano...”.<sup>2</sup> A esta Escuela de Filología, dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, pertenecían sus discípulos, figuras ya destacadas, que adquirirían, con el correr del tiempo, enorme prestigio; profesores investigadores como Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Dámaso Alonso, Amado Alonso, Samuel Gili Gaya y Federico de Onís. De todos ellos se benefició enormemente el Departamento de Estudios Hispánicos en sus orígenes. Todos creían en la necesidad de fortalecer la lengua y la cultura hispánicas en América, incluso para contrarrestar la influencia norteamericana, y como una especie de reconquista espiritual española de Hispanoamérica. Ya en 1885 se había fundado la Unión Ibero-Americana “con el propósito de restaurar relaciones con Hispanoamérica, dándole un lugar prominente al concepto de raza como eje vertebrador de esta nueva empresa”.<sup>3</sup> El panhispanismo y el panamericanismo se contraponían y competían en su empeño por ejercer su influencia en los países hispanoamericanos. No obstante, por coincidencias prácticas que favorecieron intereses mutuos, colaboraron armónicamente en la creación del Departamento y la *Revista de Estudios Hispánicos*, en Puerto Rico, un país hispanoamericano que es territorio de los Estados Unidos. La panamericanista Universidad de Colombia recabó la colaboración del panhispanista Centro de Estudios Históricos de Madrid para fundar, en la hispanoamericana Universidad de Puerto Rico, el Departamento de Estudios Hispánicos. El proceso fue una manifestación de lo que el historiador William R. Shepherd llama, en el primer artículo del primer número de la revista, “la amistad triangular”.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> *Ibid.*; p. 203.

<sup>3</sup> *Ibid.*; p. 202.

<sup>4</sup> William R. Shepherd, “Hacia la amistad triangular”, *Revista de Estudios Hispánicos*, I 1 (1928); pp. 1-17.

Figura clave y esencial en todo este proceso fue el incansable Federico de Onís, a quien Puerto Rico debe mucho; entre otras cosas, la fundación del Departamento de Estudios Hispánicos y su revista. “La misión de Federico de Onís a lo largo de su vida fue difundir los valores de la cultura hispánica en donde quiera que se encontrara”,<sup>5</sup> nos dice Matilde Albert, en su artículo “Federico de Onís entre España y Estados Unidos (1920-1940)”. Nacido en 1885, tenía trece años cuando estalló la Guerra Hispanoamericana. Discípulo de Unamuno, catedrático de la prestigiosa Universidad de Salamanca, su ciudad natal, y colaborador del Centro de Estudios Históricos de Madrid, Onís aceptó, en 1916, la invitación a establecerse como profesor de la Universidad de Columbia, en Nueva York, y a reorganizar allí la sección hispánica del Departamento de Lenguas Romances, que, luego, se convertiría en el *Hispanic Department*. El joven profesor se había distinguido en el mundo académico. Según la Dra. Albert, ya había escrito “uno de los libros más emblemáticos de su obra y de su momento histórico *Disciplina y Rebeldía*; además de editar las obras y de escribir unas eruditas introducciones a *Vida*, de Diego Torres Vialaruel, y a *De los nombres de Cristo*, de Fray Luis de León, ediciones ya clásicas por su información y cuidado”.<sup>6</sup>

En la Universidad de Columbia dedicó todos sus esfuerzos a la difusión del conocimiento de la cultura hispánica en los Estados Unidos. Tuvo, además, la oportunidad de conocer, en la ciudad de Nueva York, a muchos colegas profesores y escritores de la América Latina y colaborar con ellos. Allí se amplió su conciencia de la cultura hispánica como un fenómeno múltiple y variado que incluía, con particular relieve, sus manifestaciones fuera de la península ibérica. Desde allí, siguiendo las orientaciones de su maestro don Miguel de Unamuno, se intensificó su conocimiento y valoración de la cultura latinoamericana, enriquecida por su gran diversidad étnica.

Cuando llegó a Puerto Rico, respondiendo a la invitación del rector Benner, estaba plenamente consciente y al tanto del panhispanismo y el panamericanismo. Conocía muy bien la política exterior de Estados Unidos hacia los países del sur y distinguía las dos caras de la moneda. Mientras la gran potencia del norte intervenía militarmente en Puerto Rico, Cuba, República Dominicana, Haití, Panamá y Nicaragua, también desarrollaba relaciones culturales amistosas con los países del sur, reconociendo la importancia de la cultura hispánica. Aunque siempre fue muy parco y cuidadoso al expresar sus opiniones sobre las acciones políticas del país que lo acogió, en el discurso inaugural que ofrece en el 1920 en la Universidad de Salamanca, establecía una importante distinción en la política de los Estados Unidos hacia Latinoamérica:

---

<sup>5</sup> Matilde Albert, “Federico de Onís entre España y Estados Unidos (1920-1940)”, en: *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, de Consuelo Naranjo, María Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper (editores), Río Piedras, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, 2003; p. 239.

<sup>6</sup> *Ibid.*; p. 239.

La posición tomada se ha traducido en dos órdenes de hechos: una política general de estrechamiento de los lazos económicos y morales entre los pueblos todos de América para ayudarse a realizar sus fines comunes, es decir, la política llamada panamericanismo, y la intervención concreta de los Estados Unidos, en diversos momentos y con motivos y fines de muy diferente carácter, en la vida interior de ciertos pueblos hispanoamericanos, como, por ejemplo, Cuba, Puerto Rico, Méjico, los países centroamericanos, Panamá y Santo Domingo. La primera tendencia, o sea, el panamericanismo, puede considerarse como un movimiento nacional que va definiéndose e identificándose de día en día y que encuentra acogida y aplauso en todos los corazones norteamericanos; los hechos de la segunda clase, como son muy distintos entre sí, son juzgados de muy diferente manera por los ciudadanos de este pueblo y algunos de ellos están en franca contradicción con los sentimientos dominantes en la mayoría de los norteamericanos.<sup>7</sup>

Miguel Ángel Puig-Samper, Consuelo Naranjo y María Dolores Luque, han estudiado las ideas de historia y cultura en Federico de Onís, para concluir:

Respecto a Hispanoamérica este proyecto liberal y posteriormente republicano, hispanoamericanista, que en un primer momento surgió de la necesidad de conciliar intereses a ambos lados del Atlántico, y que posteriormente se reforzó en el ambiente regeneracionista que envolvió la España de principios de siglo XX, cargado de un fuerte componente de espiritualidad, como ya señalamos, nada tenía que ver con el concepto de hispanidad defendido por el franquismo, que hizo de ésta el instrumento de expansión en América Latina. La hispanidad se convirtió en la ideología e instrumento que sirvió al régimen de Franco para exaltar el pasado hispano y legitimar los “derechos” de España sobre el continente americano, en virtud de la unidad racial y cultural de los pueblos hispanos, sin tener en cuenta las diferencias étnicas y culturales de cada pueblo.

El interés de Federico de Onís por conocer la esencia de lo español, el origen de la nacionalidad española, de penetrar en la historia de España, se enriquece en tierras americanas con su afán por defender la permanencia de la cultura española en América, visible en las manifestaciones artísticas, en la cultura material y espiritual americanas. En su interpretación la herencia hispana se encontraba en la cultura americana, iberoamericana, era la cultura española transformada en propia y, por tanto, diferente.<sup>8</sup>

Dadas estas circunstancias, por sus vínculos estrechos con las instituciones y el pensamiento panhispanistas; por su prestigio en los Estados Unidos y su conocimiento de las instituciones culturales y académicas norteamericanas como profesor de la Universidad de Columbia; y por su genuino interés y respeto por la cultura latinoamericana, el profesor Federico de Onís era la persona idónea para aprovechar esta compleja coyuntura y desarrollar este

---

<sup>7</sup> Citado por Matilde Albert, op. cit.; p. 254.

<sup>8</sup> Miguel Ángel Puig-Samper, Consuelo Naranjo y María Dolores Luque, “Hacia una amistad triangular: las relaciones entre España, Estados Unidos y Puerto Rico”, en: *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939* de Consuelo Naranjo, María Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper (editores), Río Piedras, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, 2003; p. 145.

proyecto de colaboración triangular que representaba la creación del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico y la revista, cuyo octogésimo aniversario celebramos hoy. Así, el Departamento fue originalmente creado como una escuela de verano, estrechamente vinculado con la Universidad de Columbia, para que estudiantes norteamericanos pudiesen estudiar en un país latinoamericano —a la sazón territorio norteamericano— la lengua, la cultura y la literatura hispánicas con los mejores profesores españoles e hispanoamericanos. La revista, fundada un año después del Departamento, respondía a la misma filosofía.

No voy a hablar mucho sobre esta edición facsimilar del primer número de la revista. No quiero privar a los lectores del gusto de explorarla por su propia cuenta. Lo que intento hacer es más bien situarla dentro de su contexto histórico académico y cultural. No obstante, conviene adelantar un par de observaciones que tiendan a confirmar este contexto.

La portada, por ejemplo, es un texto rico en significaciones. La tríada y el triángulo dominan el diseño gráfico. Tres escudos sobresalen visualmente: el de Puerto Rico, el de la familia Ponce de León, fundador de la colonia española en la isla, y el de la Universidad de Puerto Rico, más abajo y en el centro. También, forman un triángulo las palabras del nombre de la revista. Otro triángulo, al pie de la portada, subraya la amistad triangular mediante la mención de tres ciudades: Nueva York (que ocupa el centro), Río Piedras y Madrid. En el dorso de la portada aparece otra información significativa. Los redactores se organizan en tres grupos: los de Puerto Rico, los de Madrid y los de Nueva York. Otra nota destaca la colaboración triangular: “La *Revista de Estudios Hispánicos* se publica por la Universidad de Puerto Rico como órgano de su Departamento de Estudios Hispánicos, y se edita en Nueva York por el Instituto de las Españas en Estados Unidos”.<sup>9</sup> Los directores son, en este orden, el rector Thomas Benner; los directores honorarios Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás y John L. Gerig; y el director Federico de Onís. Los diez consejeros son todos norteamericanos, excepto José Padín, el único boricua que aparece en la dirección.

La *Revista* se abre con tres ensayos —ninguno de ellos sobre un tema estrictamente literario— de un norteamericano, un hispanoamericano y un español. El primero es el del Dr. William R. Shepherd, historiador y profesor de la Universidad de Columbia. Shepherd, por cierto, había realizado un viaje por Hispanoamérica bajo los auspicios del Departamento de Estado de los Estados Unidos y el Bureau of American Republic. Su propósito fue “cultivar las relaciones personales con los estadistas, literatos y hombres de negocios del Sur de América y darles a conocer los recursos y condiciones de los colegios y universidades americanas con el propósito de conseguir una más estrecha relación

<sup>9</sup> Dorso de la portada de la *Revista de Estudios Hispánicos*, I 1 (1928).



entre las repúblicas latinoamericanas y los Estados Unidos”.<sup>10</sup> El ensayo, que semeja un largo editorial, es una exposición y una defensa del panamericanismo norteamericano. El segundo artículo, “De los nombres de Puerto Rico”, es de un puertorriqueño, Antonio S. Pedreira, discípulo de don Federico, en la Universidad de Columbia, y director interino del Departamento de Estudios Hispánicos de Puerto Rico. Finalmente, un español, Salvador de Madariaga, desde la Universidad de Oxford, reflexiona sobre las personalidades colectivas de España, Francia e Inglaterra y sus respectivos imperios.

Le sigue una amplia sección de reseñas que se inicia con la de José Padín sobre el libro *Porto Rico: History and Conditions, Social, Economic and Political* de Knowlton Mixer. Es la más extensa de todas y volveremos sobre ella. También, sobresalen la del profesor César Barja sobre un libro en alemán de Werner Mulertt acerca de Azorín, y la de Herman Hespelt sobre una bibliografía del puertorriqueño Ángel Flores, *Spanish Literature in English Translation*, que el reseñador reconoce útil y pionera, pero defectuosa.

La sección siguiente, “La literatura de hoy”, también resulta interesante. Incluye noticias y comentarios sobre la actualidad literaria. El profesor español Ángel del Río escribe sobre la vida literaria en España y destaca la novela recién publicada *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán, como una gran obra. Además, comenta novelas recientes de Pío Baroja y Gabriel Miró, ensayos de Ortega y Gasset y Manuel Azaña, y obras teatrales de Jacinto Benavente y los hermanos Machado. El chileno Arturo Torres Rioseco publica una nota breve sobre la literatura en Chile; y Mariano Aramburu, desde La Habana, envía otra sobre Unamuno y su poesía. Hay, también, una breve reseña de una profesora de New York University, Barbara Matulka, sobre una curiosa novela del peruano J.M. Polar, titulada *Don Quijote en Yanquilandia*. Lo mejor, sin embargo, es la excelente reseña de Ángel del Río sobre una novela argentina que acababa de salir: *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes.

No conforme con lo anterior, también se incluye una amplia sección de noticias sobre el hispanismo en América. Comienza con noticias sobre Puerto Rico —conferencias, cursos, profesores— y, luego, se incluyen breves notas sobre Argentina, Brasil, Cuba, Chile, México, Panamá, Paraguay, Uruguay y Estados Unidos. La de Cuba, un poco más extensa que las demás, está firmada por el ensayista Juan Marinello Vidaurreta; sin embargo, la más extensa de todas, es la de Estados Unidos. En ocho páginas se enumeran las actividades del Instituto de las Españas y de las principales universidades del país. Es evidente el deseo de destacar el hispanismo académico norteamericano.

La publicación cierra con una extensa bibliografía hispanoamericana de lo publicado en 1927 en las áreas de geografía, etnografía, historia, derecho, economía, religión, arqueología, arte, ciencia, enseñanza, viajes, lengua, literatura, folklore, música y relaciones culturales entre España, Hispanoamérica

<sup>10</sup> Miguel Ángel Puig-Samper, Consuelo Naranjo y María Dolores Luque, *op. cit.*; p. 149.

y Estados Unidos. Una vez más encontramos la insistencia en la “amistad triangular”.

Hasta los anuncios comerciales, que están al final, resultan interesantes y significativos. Los hay de editoriales y librerías que distribuían libros y mapas en los Estados Unidos. Henry Holt and Co. anunciaba una antología de tres comedias contemporáneas por un dólar, y D.C. Heath, una *Historia de la literatura española*, de setecientas páginas, de Romera-Navarro, por cuatro dólares. Más interesantes resultan los anuncios de revistas con las cuales, probablemente, se había establecido canje: the *Romanic Review* de la Universidad de Columbia, la *Revista de Filología Española* del Centro de Estudios Históricos de Madrid, y *La Gaceta Literaria*, de la misma ciudad. También, hay tres revistas hispanoamericanas: *Nosotros* de Buenos Aires, la *Revista Bimestre Cubana*, que dirigía Fernando Ortiz, y el *Repertorio Americano*, publicado en Costa Rica, por García Monge. De paso, el Departamento de Estudios Hispánicos aprovecha para anunciar su “Summer Session”, del 9 de julio al 22 de agosto: “Graduate courses under teachers of internacional reputation such as Américo Castro”.<sup>11</sup>

No hay duda de que el ángulo más débil de esta amistad triangular es Hispanoamérica, representada por Puerto Rico, y que el ángulo más fuerte corresponde a los Estados Unidos, aunque, intelectualmente, son los españoles los que dominan. En 1927, Federico de Onís, planificaba la *Revista* y le escribía a su colega y amigo Américo Castro:

La Revista tendra [sic] un objeto bastante especial tanto por el publico [sic] como por el asunto. Sera [sic] una revista para los Estados Unidos principalmente y tratara [sic] de literatura hispanoamericana y de la española moderna... Pero mi deseo es que aunque la revista se escribe solo para el publico [sic] norteamericano, la escriban principalmente españoles e hispanoamericanos, que podran [sic] dar asi [sic] a este publico [sic] su propia interpretación [sic] de sus paises [sic].<sup>12</sup>

Coincido con la conclusión de Juan Gelpí y Laura Rivera en su iluminador artículo sobre la fundación del Departamento de Estudios Hispánicos. Lo que dicen, también, es aplicable a la revista:

El hallazgo más revelador de esta investigación es el que nos lleva a concluir que la gestación y creación del Departamento de Estudios Hispánicos, tal como se concibió en los años 1926 y 1927, la realizaron intelectuales norteamericanos y españoles. En este proceso no hubo voces protagónicas puertorriqueñas, y, si hubo algunas, las mismas tenían funciones que poco tenían que ver con la toma de decisiones. Sin embargo, entendemos que esta ausencia de intelectuales puertorriqueños en la etapa de gestación del Departamento, no evitó que, eventualmente, se creara un nuevo espacio para el desarrollo de un Departamento de Estudios Hispánicos puertorriqueño.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> *Revista de Estudios Hispánicos*, I 1 (1928); p. 128.

<sup>12</sup> Citado por Laura Rivera y Juan Gelpí, op. cit., p. 220. Aparentemente, la máquina de escribir de Federico de Onís no tenía acentos ortográficos.

<sup>13</sup> Laura Rivera y Juan Gelpí, op. cit.; p. 216.

Yo, incluso, diría que lo propició, ya que los intelectuales puertorriqueños aprendieron mucho de Federico de Onís y sus colegas españoles y norteamericanos, de tal manera, que aprovecharon muy bien la coyuntura que se produjo poco después de la fundación.

Ya, en el primer número de la *Revista*, comenzaron a destacarse por su actitud crítica y su asertividad dos intelectuales boricuas: Antonio S. Pedreira y José Padín. El primero, en su erudito artículo sobre los nombres de Puerto Rico, tomó partido en una curiosa polémica que se había suscitado. Mientras el geólogo Robert Hill insistía tercamente en designar a la isla 'Porto Rico', a pesar de no ser ésta la forma utilizada por los habitantes del país, Pedreira defendía enérgicamente la designación 'Puerto Rico'. Incluso, señaló en su artículo que, cuando las autoridades norteamericanas cambiaron el nombre de la isla, "Los puertorriqueños, que no tomaron cartas en el asunto, ni se contó con ellos luego para sancionar o rechazar esa forma arbitraria e injustificada, dejaron oír su opinión extraoficialmente por boca de sus primeros comisionados a Washington, los doctores Henna, Zeno Gandía y el Sr. Eugenio María de Hostos, que en ese mismo año (1899) publican en Washington el interesante folleto *The Puerto Rico Case* y en una nota explícita de la página 32 rechazan enérgicamente las formas híbridas Porto Rico y Porto Rican, consideradas por ellos como errores filológicos, geográficos, históricos y gramaticales".<sup>14</sup> También, añadió que "tampoco era culpa de los puertorriqueños que el presidente y demás oficiales del gobierno, por no saber español, emplearan la forma incorrecta".<sup>15</sup> Finalmente, subrayó el desconocimiento lingüístico del geólogo Hill.

Padín, aunque reconocía en su reseña sobre la historia de Puerto Rico publicada por Mixer, que se trataba de una aportación, por ser un trabajo actualizado, señaló los abundantes errores de hechos que aparecen en ella, y expresó su molestia por el desconocimiento del historiador norteamericano de las fuentes y los trabajos esenciales de puertorriqueños como Salvador Brau y Cayetano Coll y Toste. En un momento llegó, incluso, a afirmar lo siguiente: "Sospecho que Mixer no ha consultado nuestras principales fuentes históricas porque desconoce el español. La multitud de errores en la escritura de nombres castellanos con que está plagado su libro es un indicio bastante claro de esta deficiencia del autor".<sup>16</sup> Tanto Padín, como Pedreira, resintieron que norteamericanos ignorantes arbitrariamente nos definieran; por lo tanto, ambos reclamaron con firmeza su cuota de autoridad como puertorriqueños.

Salieron de la imprenta cuatro números más de la *Revista de Estudios*

<sup>14</sup> Antonio S. Pedreira, "De los nombres de Puerto Rico", *Revista de Estudios Hispánicos*, I 1 (1928); p. 30.

<sup>15</sup> *Ibid.*; p. 31.

<sup>16</sup> José Padín, "Mixer, K. Porto Rico: History and Conditions, Social, Economical and Political", *Revista de Estudios Hispánicos*, I 1 (1928); pp. 46-47.

*Hispánicos* en 1928 y 1929. Durante el verano de este último año, la Junta de Síndicos, presidida por el puertorriqueño Juan B. Huyke, le pidió la renuncia al Dr. Benner, entre otras cosas, irónicamente, porque el rector norteamericano no le daba suficiente énfasis a la enseñanza del inglés. Don Federico, en solidaridad con el rector, también presentó su renuncia, y se cortaron así los lazos oficiales de colaboración con la Universidad de Columbia. La *Revista* también cesa, a pesar de que la costeaba, principalmente, la Universidad de Puerto Rico, con una aportación de \$4,000.00, y recibía, además, una ayuda de \$1,000.00 de la Universidad de Columbia. Onís, en cierto modo, la continuó en Nueva York, con el auspicio de su universidad, cambiándole el nombre a *Revista Hispánica Moderna*. Los boricuas, por su parte, puertorriqueñizaron el Departamento y publicaron, ese mismo año y bajo la dirección de Pedreira, la revista *Índice*, heredera también, hasta cierto punto, de la *Revista de Estudios Hispánicos*. Ésta, como ya hemos dicho, renació, puertorriqueñizada, en 1972, y se ha publicado hasta hoy, ochenta años después de su fundación. Celebramos este octogésimo aniversario con la publicación de una edición facsimilar, copia fiel y exacta, de su primer número.

*Ramón Luis Acevedo Marrero*  
*Universidad de Puerto Rico*  
*Recinto de Río Piedras*